

FIESTAS EN LA ANTIGUA SAN JUAN

COMO complemento del reportaje de don Ernesto La Orden sobre las murallas de San Juan de Puerto Rico, damos en estas páginas un fragmento de uno de los capítulos del libro "Ciudad murada", de Adolfo de Hostos, historiador oficial de Puerto Rico, y que constituye un magnífico ensayo acerca del proceso de la civilización en la ciudad española de San Juan Bautista de Puerto Rico en el período comprendido entre 1521 y 1898. El capítulo del que está tomado el presente fragmento es el X, y corresponde a la cuarta parte de la referida obra. "Ciudad murada" se editó por Editorial Lex, de La Habana, en 1948.

SI preguntamos cómo se divertían los primeros pobladores de la isla, encontraremos la respuesta en las *Elegías* de Juan de Castellanos. Refiriéndose a las celebraciones que siguieron a la completa pacificación de los indígenas, escribe, dejándonos ver el carácter festivo de los fundadores, en su mayor parte procedentes de la región austral de España:

*Lucen y resplandecen los arreos
Que cubren las humanas proporciones,
Hay justas, juegan cañas, hay torneos,
Con grandes variedades de invenciones.*

Al respondernos que los conquistadores gustaban de mostrar su alborozo emprendiendo con preferencia los difíciles y peligrosos juegos de a caballo, en que tanto se complacían, exhibiendo su destreza como jinetes y combatientes, el poeta nos da la pauta de las festividades acostumbradas durante un largo período de la época colonial.

Prestábanse los torneos a la ostentación de la riqueza de los participantes, pues cubríanse los caballos, desde la cabeza hasta la cola, de lujosos arreos, a menudo de terciopelo de vivos colores, con guarniciones de plata, ostentándose a menudo en la frente del animal el escudo heráldico del jinete. Cubría éste su cuerpo con la mejor armadura y adornaba su cimera con el mejor penacho de plumas. No con poca frecuencia eran las justas ocasión de secretas demostraciones de amor, en las que algún participante exponía su vida con incomparable gallardía, para conquistar el corazón de alguna dama que temblaba conmovida o vacilaba en suspenso entre la concurrencia.

Andando el tiempo, y a medida que cristalizaba en sólida realidad el régimen político-religioso que daba fisonomía propia a la comunidad, las festividades de índole religiosa fueron relegando al olvido las de inspiración marcial. Los templos y los hogares de la ciudad empezaron a absorber lentamente las actividades en que sus habitantes buscaban esparcimiento. Las reuniones familiares, los saraos y las fiestas patrocinadas por las cofradías brindaban oportunidades de regocijo a las gentes en banquetes, bailes y extraordinarios servicios religiosos. Distinguíase entre las doce cofradías que había en la ciudad, hacia mediados del siglo XVII, la del Santísimo Sacramento, por la esplendor con que celebraba su fiesta el tercer domingo de cada mes, con misa, sermón y procesión. Manteníase expuesto el Santísimo, portando mientras tanto los cofrades cirios encendidos, procurando, como escribe el canónigo Torres Vargas:

*...aventajarse en su fiesta en el adorno de la iglesia, música, olores, predicador y flores,
que se van regando por donde pasa el Santísimo.*

Similarmente ocupaba la devoción de los capitalinos la fiesta por las ánimas del Purgatorio, que costeaba la cofradía de las Animas, el tercer lunes del mes. Levantábase un túmulo de dos gradas en medio de la iglesia, adornado con 48 luces, prendiéndose de sus colgaduras numerosas bulas de difuntos, expedidas para aplicar, a los que fueren recordados en el oficio, las indulgencias concedidas. Todas estas fiestas eran costeadas por los cofrades, que se turnaban de dos en dos con tal fin.

Al edificar el gobernador Gabriel de Roxas el fuerte del Boquerón, poniéndolo bajo la advocación de Santiago, introdujo, en la primera década del siglo XVII, la costumbre de celebrar el día de dicho santo con juegos de cañas, corridas de toros y una misa solemne, en la que se predicaba un sermón encomendado a algún conocido predicador de la ciudad o, en raras ocasiones, a algún notable orador sagrado traído expresamente de Costa Firme o de alguna Antilla vecina con tal objeto. Siendo Santiago el patrono del Ejército español, la importancia de las fiestas que lo conmemoraban en San Juan fué creciendo con la del puesto militar de la plaza. El aumento de su guarnición y el progreso en la construcción de sus fortificaciones les prestaban creciente interés y entusiasmo. En el siglo XVIII dióse a estas festividades cierta significación política, agregándose a su programa el acto de pasear por la ciudad el pendón real, exteriorizando con ello sentimientos de lealtad a la Corona. Era el pendón una bandera de color anaranjado, que tenía bordado o pintado en su centro el escudo de armas de la ciudad. Conservábase en lugar preferente de la sala capitular. El día de Santiago, como refiere don Federico Asenjo al narrar

los episodios de las fiestas de San Juan, reuniase el Ayuntamiento en dicha sala, trasladándose bajo mazas a buscar al regidor alférez real, quien, siendo el portador del pendón, era el único autorizado a levantarlo ceremonialmente de su sitio. Acompañado por el alférez real, se dirigía el Ayuntamiento a la Fortaleza para escoltar al gobernador a la Casa Consistorial. Alzado el pendón en presencia de estas autoridades, poníase el cortejo en marcha, formado por la compañía de Milicias de Caballería destacada en la ciudad, el gobernador, los funcionarios reales, la oficialidad de la guarnición, los vecinos distinguidos y los letrados, todos montados en briosos corceles, vistosamente enjaezados.

Seguían a este acto simbólico las carreras de caballos en la calle de Fortaleza, a la vista del gobernador y autoridades, que ocupaban una tribuna levantada en el extremo de dicha calle, y de la mayor parte de la población, que se apiñaba en los engalanados balcones de las casas. En tales ocasiones desplegábase en los balcones de las Casas Consistoriales colgaduras de damasco carmesí o alguna otra rica tela, adornadas con espejos simétricamente colocados. Como las calles no empezaron a empedrarse hasta el último cuarto del siglo XVIII, y entonces sólo las principales, no corrían gran peligro los jinetes, pudiendo soltar sus cabalgaduras a toda brida sobre la mullida tierra de la vía pública. Comenzaban las carreras los regidores, por parejas, continuándola los demás miembros de la escolta, hasta terminarlas los soldados rasos que formaban parte de la misma. Invadían entonces las calles parvadas de rapazueros a horcajadas en palos de escobas o cañas, cabriolando a sus anchas en cómico remedo de cuanto acababa de ocurrir.

Terminadas las carreras, según Asenjo, volvía el cortejo a ponerse en marcha y se dirigía a la catedral; allí el alférez real tomaba su puesto al lado izquierdo del preste durante la procesión, y después el presidente del Ayuntamiento mientras la misa. En tanto que ésta duraba, el pendón permanecía en el presbiterio, al lado del Evangelio, y concluída, era tomado de nuevo por el alférez real y conducido con la misma pompa a la casa de la ciudad, en cuyos balcones ondeaba después por el resto del día.

Hacia fines del siglo XIX las colonias gallega y asturiana de la ciudad eran bastante numerosas. Adhiriéndose a la celebración de Santiago, comunicaron a ella cierto colorido regionalista. En la de 1893 gaiteros gallegos recorrieron las calles en alegre alborada, portando un estandarte. Bebíase sidra en abundancia, cantábanse canciones regionales, y cuando el mal tiempo interrumpía la fiesta, coreaban el infantil sonsonete:

*Santiago no vino ayer
porque empezó a llover...*

Cuenta Fernández Juncos que, al terminar, los santiaguistas entregaban el estandarte a los covadonguistas, como si dijeran: «Levántenlo ustedes a mayor altura que nosotros.»

Motivo inexcusable de festejos fueron los aniversarios, coronaciones y otros sucesos, aun los de índole íntima, tales como el embarazo, relacionados con las personas reales. Llamábaselos colectivamente *fiestas reales*, y agotábanse en ellas todos los recursos recreativos de que disponía el vecindario. Consérvanse relatos coetáneos de las celebradas en 1745 con motivo de la muerte de Felipe V, las de 1747 para glorificar la coronación de Fernando VI y las de 1789 en ocasión de proclamarse la de Carlos IV.

Las que tuvieron lugar con motivo de la ascensión al trono de Fernando VI, en 1747, duraron nueve días. Dispararon los fuertes y los buques fondeados en el puerto salvos, que sumaron un total de 315 cañonazos; iluminaron las autoridades la Fortaleza y catedral, engalanando sus casas los vecinos. Parecía desbordado el entusiasmo de funcionarios y sacerdotes. Repicaron largamente las campanas, cantaron misas y tedéums, indultaron presos, repartieron carnes y monedas al populacho y juraron lealtad sobre el estandarte real al nuevo monarca. Siguieron en el acto de la jura todos los vecinos mayores de edad, sin excluir a los humildes, ya que su omisión se castigaba con una multa de doscientos a cuatrocientos pesos. Los números más ligeros del interminable programa incluían el paseo de un globo portátil por las calles, sostenido por ocho negros; saraos en casa del alcalde, refrescos, comidas, cenas en la madrugada, representación de comedias al aire libre y mascaradas callejeras. Fué el gobernador centro de la atención pública: acudieron a él todos los comediantes al son de la música y la explosión de cohetes y portando luminarias y letreros alusivos a su generosidad; bailaron y cantaron los pardos ante él, ofrendándole los ramos de flores que portaban, y ante él desfiló la nobleza, pobre pero altiva, de la ciudad, en estrado besamanos. No contentos con lo formal y lo circunspecto, las damas propinaron al gobernador alegre manteadura, licencia quizá explicada porque esta autoridad era hombre de carácter llano y expansivo. Tuvieron sus días especiales el gobernador, el tesorero y el contador de la Real Hacienda, los dos cabildos, los monasterios de la ciudad, el convento de los carmelitas y los oficiales de la guarnición. Mezclábase en estos actos lo religioso con lo pagano. Asistió el gobernador a misa, en su día, acompañado hasta la puerta del templo por los oficiales de la plaza, vestidos de máscara, llevando prendidos en el pecho o en las espaldas notas como ésta:

*Begigante, soy famoso,
que dirijo mis destinos
sólo en abrir los caminos
a un monarca poderoso...*

Bailaron minués en la Fortaleza, corrieron toros en la plaza Mayor y oyeron prolongados sermones en las iglesias de los monasterios. Comulgaban por la mañana y por la noche mantedaban a los notables de la población; asistían por el día a un tedéum y en el brindis orgiástico de la madrugada rompían contra el piso medio millar de vasos. Pasearon los oficiales por las calles un carro triunfal de seis varas de largo que conducía los retratos al óleo de los reyes, colocados bajo un dosel de damasco carmesí, elevado cinco varas sobre el suelo.

De modo muy similar, idéntico casi en su aspecto ceremonial, celebróse la proclamación de Carlos IV, desde el 17 hasta el 28 de octubre de 1789. Introdujéronse algunas innovaciones en el programa, cediendo a la influencia que ejercían en el país los factores y participantes del comercio con Cataluña, iniciado por la Compañía Catalana en 1755.

El día 18 dice el relato citado:

...tuvo efecto la función de los Catalanes. Desde muy temprano se vió una cuadrilla de danzantes, que divertían a los Ciudadanos con sus mudanzas, y entre ellas la de la Torre, compuesta de cuatro cuerpos con un niño al remate que aclamaba graciosamente el viva. A las doce sirvieron una abundante comida a los encarcelados. Al anocheecer se manifestaron varios mozos de la esquadra, quatro parejas de hombres y mugeres vestidos de noche y día, una cuadrilla de Moros con sables desenvaynados, otra de Húsares a caballo y un cabo con varios soldados con uniforme semejante al de Farnesio...

En un naviforme carro alegórico se pasearon por las calles los retratos de los nuevos reyes, Carlos IV y María Luisa de Parma, sostenidos por mano de una ninfa que representaba a Cataluña, ostentando en su pecho las armas de Barcelona. No gran provecho recibieron los capitalinos de aquella exhibición: Carlos IV, notable holgazán, hubo de sacrificar su reinado a la cinegética, a Godoy—el amante de su depravada esposa—y a Napoleón...